

Lugar de autor

Albur

Ezequiel Pérez

squielperez@gmail.com

Más acá de la enredadera quedan las sobras de la panzada. Los perros olfatean con inquietud de calenturiento. No sabría decir hasta qué hora de la madrugada se habrá demorado la mano en la grasa del pernil porque la llegada de la mañana desorientó el tiempo. Nada que me exculpe. Las cosas como son. O como debieron ser. Ni que fuera necesario justificar la expansión de la voluntad. En este momento, sin embargo, esto que se encuentra acá —cerca de las ramas y tendido sobre el taburete, en absoluto desorden, roído por la primera helada del llano—, cómo decirlo, es el brazo enfermo de la tormenta que hace chapotear el anhelo del Mayor, fantasma que decretó el lugar de nuestro asentamiento por la posición de un chimango y la coincidencia de un cacareo. Así y todo, pese al berrinche, levantaron los toldos quienes los tenían que levantar, prendieron el fuego quienes lo tenían que prender, murieron los que no toleraron la marcha de los astros, y demarcaron el corral los que se confiaron geómetras. Todo eso está bien. Está bueno. Para qué negarlo. ¿O cómo debería ser, si no de esta manera? Nada más empezar el día la rueda se pone en movimiento y la mierda de riacho que nos sopla los talones empuja barro y cascotes hasta la orilla y contamina de cólera los ánimos. Respondemos a la provocación con el frío del que pace donde

nada hace. Qué aburrimiento salirse de las casillas: cada uno a lo suyo y a lo que hay que estar. Para eso nos vienen acá. Si bien no sea más que para sostener este yuyo chamuscado de la loma o resistir el azote de agua que nos agobia con su cercanía, en rompiente cagona. También están aquellos hombres y mujeres que, según el Mayor, custodian desde el borde de la empalizada el desvío de los albores. Muchas noches soñé con los puños revoltosos del zafarrancho y el cuero duro de sus cogotes cuando tan tiernos se descabezan ante el más mínimo filo del deseo. Como cualquier animal. Por experiencia se dice lo que se dice y no niego que hay veces en que uno se divierte con poca cosa. Eso mismo: la ladera erguida donde debería ladear; el rebrote de toses alternadas durante la madrugada para asentar la fresca; el tarareo de dientes que ameniza los clavos en los postes. Intentamos no apartarnos de lo que había que hacer. Más de una vez rasguñé el sosiego al margen de la escena, a un lado de la grava rojiza de ponientes y nacientes, a medio día de una cosa y la otra. Y podría haberme sosegado entero si no fuera por aquel que debía estar y ser el primero en parlamentar y desenrollar la lengua cuando la había que sacar, Fantasma Mayor, que se anda de un lado para el otro del llano, a campo traviesa como dicen aquellos que buscan agigantar la nada, persiguiendo la posición de no se sabe qué elemento que nos diera la respuesta de si debíamos seguir o quedarnos. Ya le digo yo: lo mismo da. El Gorgo, Gorgojito, un coleta tristón, decía de medio lado que cuánto recorrido tendría este señor en las ancas para estar así de tieso, fuera de todo, prócer ecuestre que pareciera desconocer que las cosas no siempre funcionan a tiro de iluminaciones. El Gorgo medía en leguas la distancia del trote: acá, al no tener qué hacer, somos muy duchos en sacar la medida de las cosas. Por más que yo intentara bajar los ánimos y decir que no

tanto, Gorgo, estás exagerando un poco la cantidad y mucho mejor medir en tiempo o en esfuerzo o en logros o en vida, yo qué sé, para no amargarse uno de más, lo cierto es que no hacía mella en la calentura. También es verdad que poco me importaba. No me tocaba a mí la tarea de limpiar la mugre del de arriba, jinete que boyaba por media tierra mientras los demás, los que nos habíamos quedado a oler el rebote del aire encajonado, no hacíamos otra cosa más que atorarnos de intemperie y echar para adelante, como suele decirse, sin otra ventura más que la del instinto. Si cada uno hacía lo suyo, las cosas debían salir como tenían que salir. Por algo el buen tino se ha repartido tan sesudamente en los cuatro rincones. Pero cuando lo llano se ladea y la sierra se aplanan, empieza a torcerse lo que empaliza el adentro y ahí comienza la baraúnda. No hay por dónde esquivar el cimbronazo. Sin ir más lejos, el Gorgo se pasó de confiado y, con máscara de imaginaria, anduvo de ronda por las barrancas. Al zarandear una higuera que todavía berreaba, se pringó de angurria y penó embrevado durante semanas. No le faltó gracia al asunto, aunque sí estropajos para seguirle el rastro. Y quién le mandaba, le pregunté, si lo único que tenía que hacer era asegurar la entrada, sin más, al lado de los postes y de la puerta, atento a que no se animaran los trasgos que creyó ver nuestro Ausente Mayor. Esa era la tarea que le tocaba al Gorgo, pero se desvió de ella abrevando la expansión con su deseo pegajoso de mundanidad hasta quedar atrapado en las babas de la carne. O, por decir más, aquel otro hombre sentado sobre la tapia, ¿qué es lo que hace? Ya sé que mira hacia adelante como quien no quiere mirar. Después pasan las cosas y se quejan de la suerte. Me había entrado la tentación de decir: llegamos a este llano tal día de tal mes de tal año. Pero no es mi tarea caranchear anales a la nada más

arrolladora desde que el tiempo es tiempo. Un día como cualquier otro, sin más ni menos, que no habría tenido mayor importancia si no se nos hubiese encorajinado el camino y esta peste de riacho que nos besa los talones no se hubiese vuelto melosa. Acá nos tiene. No se sabe cuánto. A la espera de ver si se digna secar y desemplazamos los postes y cargamos los enseres y machacamos los cuerpos para salir otra vez al llano más llano de lo que sigue en suerte y más allá de lo que ahora es. En cambio, nos achanchamos, como ese hombre sentado. ¿Qué hace? Voltea para mirar hacia el rebusque de perros que carroña las sobras de la noche. Los mira rasguñar con los colmillos, el muy cerdo. Hay que ver cómo se ríe y dice que sí a los cachorros para que también se acerquen y olisqueen, como si fuera un rabo, la grasa del churrasco. Incita como salvaje. A ese hombre le ha tocado en suerte esa loma desde la que mirar. De otra manera lo pondría a parir, como se dice, para extirpar la nada que es, la más absoluta nada, sabiendo que todos los demás andamos de acá para allá intentando amarrar lo poco que resta. Embronca la comodidad desde la que se regodea el hombre y la salva del riacho contra las barrancas que mana de sus labios y se hace espuma en la comisura mientras alienta a uno de los perros a que se monte al otro sin más motivos que la estrechez de frente. El deseo no es eso, mi cielo. Qué va a ser. Luego contará, me lo conozco bien, la vez que se sentó sobre la tapia y vio a dos perros abotonados. Lo que le diría si el ausente Mayor no estuviera acumulando leguas en su haber e hiciera lo que hay que hacer o lo que me ha tocado a mí en suerte y también a ese hombre que ahora ríe con los perros que cabalgan, digo, lo que le diría es que cada uno tiene que hacer lo suyo. Limpiar la vitualla con el ardor de la calaña. Tentado de decir: en tal paraje. ¿Para qué arrimarse al exceso?

Todo eso está bien. Está bueno. Lo confieso. No es lo que toca. Rebujito de parla, mi cielo, para atemperar el escampe, porque me sudan las manos y me suda el cuello y me suda el cuero de juntar los trocitos de platos y de aguantar con los dientes que ese malón de preñados, lloricones del afuera que asegura haber visto el Mayor, amenacen nuestros mantones y nuestras prendas y nuestro cálices —¿así se dice?— o los incensarios que disimulan el aroma del peregrino. Que se diga, entonces. Es cierto que, al mismo tiempo que los inciensos se estropean por la humedad de la mañana, más acá de la enredadera las hormigas trepan en hilera por la hendidura de la madera y, extasiadas por el orden y el compás, arremeten contra la corteza de una galleta que se ha salvado de los tarascones. Resulta imposible retrasar la invasión. Sobre todo cuando de acá para adentro los números se alborotan y ya no sabemos si los postes se encuentran a la distancia correcta entre uno y otro. El Mayor ha vuelto hace dos noches de buscar explicaciones en un pájaro de pico quebrado. Vaya uno a saber hasta dónde se habrá aventurado. Nos contagió la lente aletargada por la razón de ser. Todo eso está bien. Está bueno. Pero cuando arrecia la ausencia del quehacer se desperdiga la voluntad —y no es que me ande en la queja, ni mucho menos—, lo mismo hacia adentro que de acá para afuera. Mejor sería si cada uno estuviera en lo que hay que estar. La misma ausencia, el mismo carpacho de lonja magra con la misma cara de nada, la nada más absoluta de vacas que pastan. La buena vida, se diría, pero yo qué sé si detrás de todos la barranca aprieta este corral sin traza contra la traza de río que se encauza y se solapa y se superpone y se monta sobre la otra corriente, como esos perros deseosos de turba bajo la mirada del hombre que se ha quedado sin saber cuál es su astro en el rodeo, y el resto de nosotros bajo el amparo de Dios

y María Santísima, de todos los ángeles y el Espíritu Santo, el santo espíritu que da cobijo a este corral de cabotaje al que debemos atarnos para no partir en vuelo a la merced de un Paquito de turno al que le pica el dedo y apunta más allá, que seguro que ahí, ¿me creen?, porque lo dice esa iguana con cara de profeta. Y cómo no creer, si no se pierde nada con creer en la palabra que se pega a la palabra que se pega a la palabra y se desenreda y también desde la nada, la mismísima nada de aquel que come leguas y leguas, arrebujaado a la superstición de su propia fe hasta que un día nos reúne y dice en el idioma de los iluminados: empalicemos, el futuro proveerá. Claro que sí, mi cielo, cómo no. Eso está bien. Está bueno. Resulta simpático. Tan lejos de toda tierra, tan solemne de toda solemnidad, que así dijo lo que dijo se echó a descansar, como un dios siestero al primer día de haberse puesto el delantal. El Gorgo me dijo en aquella ocasión que el arte de la profecía da sueño y hambre. Nos tardamos lo que no teníamos en encontrar con qué martillar los postes y anclarlos a la tierra. Intentamos pedir a alguno de los morosos que nos ayudara a rodar los postes, pero así como los presiente el Mayor, así son: animalitos empachados de desidia. Cada vez que asomábamos la cabeza por encima de la loma, los marmotas plateaban en cuclillas el reflejo del poniente con los grises más apagados que uno pudiera ver en la vida y se confundían con el embrollo de la tosquera. Nunca pudimos distinguirlos de las piedras. El Gorgo se contagió de berrinche y dijo que a ver lo que promete la providencia, yo no sé, para mí que es lo mismo poner esto acá que ponerlo allá. No le faltaba razón. Pero cada uno a lo suyo y a lo que hay que estar, Gorgojito, así de cierto. De otra manera, tendríamos que alisar la barba del profeta y adivinar la cara de viejo que se le vendría al enterarse de que esto es lo

que hay y tampoco está tan mal, y así ahorrarle las leguas que tragaría sobre aquel llano extenso tomado por la llovizna para saciar sus caprichitos de Casandra. Tentado de recordar: había noches en las que el Mayor se acurrucaba a lloriquear en su caseta un llanto fino que apenas se oía por el cacharrerío, pero que prevalecía por su rítmica, porque cada cierto tiempo aspiraba los mocos. Supimos que se trataba del tamborileo guiado por la predicción o el cálculo, uno de los dos, que le había llevado a convencerse de que así debía de lamentarse una persona sensata durante el período del cuarto menguante, hasta que cesó con la lágrima en el creciente, por supuesto. Y si no dijimos nada, si nadie se acercó hasta la caseta en la madrugada y ajustició el llanto, fue porque cada uno estaba en lo suyo, en lo que hay que estar, y era mejor que la materia siguiera su curso. No me toca a mí recordar lo que hizo el iluminado. Por eso, para distraernos del recuerdo que pica en la lengua, raspamos del fondo unos dados, unos cartones dibujados con poca destreza, y nos dedicamos a desparramar la discordia para matar el aburrimiento, puesto que, si nos matábamos entre nosotros, lo bien que nos vendría. Estuve a punto de decir: nos rompimos los dientes. O el deseo de una meseta como esta: una mañana el Gran Ausente, retorcido hasta los huesos por el lamento, creyó oír el rebrote de la buena estrella como golpe de cascos en el llano y se enjugó las lágrimas todavía frescas para asomarse a la empalizada. Arrimó el taburete. Estuvo un rato largo dándonos la espalda. Como ya veníamos curados de sus rarezas, decidimos esperar a que escupiera la revelación sin perder tiempo en juegos previos. Había tanto por hacer en las casetas y en las barrancas que no podíamos demorarnos en el nuevo orden de las cosas. La grava se hizo de hierro ante la incertidumbre del Mayor. Comenzó a tambalearse sobre el taburete sin

noticias de teros ni de cuises ni siquiera de una paloma que le permitiera leer la voluntad del mundo. El Gorgo, hombre que todavía ni sé, se apiadó de la fragilidad y dijo que aquello podía ser, si sus ojos no le engañaban, lumbré o el reflejo de algo que se arrima, y señaló hacia los pastos que crecían desproporcionados a un par de leguas de distancia. El tumulto resultó ser un puñado de curiosos, vascongada en malavida los más, atraídos por la cabeza flotante del Mayor. Una vez el prodigio develó su almacén, perdieron el interés. Pero se mantuvieron en las afueras con su cirquerío, las caras de nada, la mismísima nada que en este mismo momento, todavía, traslucen la nada que abrigan en su interior. Ahí mismo, unos pasos más allá de la enredadera que expone los restos, demarca la patria la espiga de esos cuerpos. El sudor, mi cielo, ardió el fondo oscuro de este adentro como el aceite que necesitábamos para hacernos pedazos. Una vez instalados en la explanada, no hubo forma de hacerlos volver por donde habían venido. Todo lo contrario: cada mañana despertábamos con el grupo más cerca. El Mayor, ausente como nunca antes, al ver que aquellos seres carecían de gracia astral, ligó la cercanía de la roña con una rama bailona que sombreaba sobre el meadero y dijo en absoluto misterio: Tres días de plagas como castigo. Todo eso está muy bien. Está bueno. Qué otra cosa podíamos hacer más que aceptar el destino de nuestra estrella. Y fue pensar en la continuidad de voluntades, una al lado de la otra, e imaginar la apertura de las aguas. De las tres plagas contamos media: una calentura que ya venía desde mucho antes. Las casetas se abrieron de par en par y se animaron los dados y el mus hasta las tantas. Esta malaria nos caía por no estar en lo que hay que estar. Para colmo de males, la barranca se distrajo y dio vía libre a la baranda de cópula que manaba de perros, río y gentes. El estado

de desconcierto fue tal que ni siquiera podíamos decir si el canto de aquel mirlo nos traería el escampe o si la luna rojiza vendría a poner calma o a terminar de enloquecernos. No había palabras para la expansión de las voluntades, una al lado de la otra, sin otro horizonte que el de los puntos sobre las caras del cubo y las manos sobre la carne. Al mismo tiempo que un planeta chocaba contra el otro, el Mayor parecía regodearse en el desastre y promovía la revuelta repitiendo la profecía. Ya se había gastado todas las lágrimas. Después de la plaga vino el carancheo y, al segundo día, el letargo. De la tercera jornada no hay recuerdos. Quedaron unos flecos sueltos que la desidia izó en el llano. No mucho más. Tentado de invocar: ese hombre que ahora descansa su mamúa en la tapia, con un pie adentro y el otro perdido detrás de la empalizada, como si todo lo que nos rodea fuera su catre, ¿qué piensa? ¿Cómo olvida la inquina de lo Celeste? Pero el desbarate es profundo para detenerse en la minucia. En la noche de los perros, el Ausente Mayor mandó traer ramas y palos y nos pidió que hiciéramos charco con los pies. La piedra pulida en la que el Mayor quería invocar el desquite, como si pudiera expulsar de sí el ardor, tomó la forma del Gorgo, quizá por su torpeza o su desmesura. El Gorgo se dejó desvestir ante la mirada intrusa de la vasquería y de un grupo de lugareños que aprovecharon la confusión y echaron el ojo a las casetas. El Mayor no registró el corro con cara de nada, la más absoluta nada que se podía esperar de esta gente, y tampoco de los propios que ya ni se distinguían del resto. Por dentro pensé que todo esto lo tenía dicho y que no había nada que se me pudiera reprochar. El pregón del Ausente, austero y sentencioso en el pasado, había brotado con la boca llena de ampulósidades y decires y requiebros que ninguno entendió porque nos habíamos quedado brutos de haber soltado las

voluntades y porque el Gorgo, aburrido con la perorata, no dejaba de balancear el miembro en el centro de la ronda. Era difícil seguir el movimiento de las manos del Mayor sin perderse en el juego de sombras que generaban los dos cuerpos, como si estuvieran bailando, y de repente una ola y después una pinza que tenaceaba el aire. En un momento, el Mayor se detuvo bruscamente y nos mostró las palmas y se cubrió la cara con ellas y dijo: La piedra pulida ahuyentará al malandrage. Claro que sí, mi cielo, cómo no creer esa mirada hacia el llano, los ojos como dedos que orientan el camino. Aceptamos sin chistar, en pos de proteger el caserío del maleficio, que el Mayor untara al Gorgo de aquel barro maloliente que se había profundizado con los pisotones y que lo fuera rodeando con paso de cangrejo y lo cubriera con unas ramas de enredadera para parecerse a esos otros fantasmas que nos rondaban en sueños. Por último, le cubrió el miembro con una arpillera para no excederse con el reflejo. Tampoco lo que no nos toca, como tengo dicho, y a lo que hay que estar. Los metiches desaparecieron en la oscuridad cuando entendieron que nada de esto iba con ellos. Supimos que seguían curioseando en los alrededores por los chispazos que encendían los cigarros. A punto de decir: ese hombre que hace unos instantes miraba a los perros y que se ha quedado dormido, otra vez, de cara a lo que fuera el límite que nos hacía un planeta orbitando en las barrancas, un único y solo, ¿qué está haciendo? ¿Qué revelación ha caído sobre él para despreocuparse de todo lo que le rodea? La comilona parió esta hilera de hormigas. Más acá del taburete y del hombre que mira, los primeros aleteos de la resaca, el habla que pasta a un lado y otro de la empalizada por la que anoche el Gorgo, que todavía ni sé, cabeceara un último intento de ordenar las casetas y la barranca y los perros cojos y las

calandrias tuertas, y soltara, desde su constelación de roña y tiempo, si todo esto tenía algún sentido. Esa fue la lengua de su iluminación. Por supuesto que sí, Gorgo, claro que lo tiene. Al menos, así parece. O no. Cada uno en lo suyo y a lo que hay que estar. Ni más ni menos. Un día es la tapia y al otro la aspereza. Ninguno respondió, pero apenas el Gorgo tocó el llano, el Ausente Mayor apuntó las voluntades hacia el siguiente desmadre, sin siquiera profetizar qué piedra habrá reflejado nuestra ofrenda camino a la malandria. Tentado de decir: